

Bajo la nieve y las cenizas,
un antiguo poder dormita



EL
SUSURRO
DE
LAS
ESTRELLAS

CRISTIN
WILLIAMS

EL
SUSURRO
DE
LAS
ESTRELLAS

CRISTIN
WILLIAMS

Traducido del inglés por Beatriz Villena Sánchez

FAERIS

Título original: *The Whisper of Stars*

1.ª edición: enero de 2026

THE WHISPER OF STARS, © 2025 by Cristin Williams

© de la traducción: Beatriz Villena Sánchez, 2026

© De esta edición: Faeris Ediciones (Grupo Anaya, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-83-6

Depósito legal: M. 24.590-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para aquellos que han perdido la ilusión.
Ojalá podáis encontrar en vuestro interior el coraje para brillar.*

PARTE I

LA HIJA DE LA
REVOLUCIÓN

Resistencia

RECHAZA EL
MIEDO Y RE-
SÍSTETE A LA DEBILIDAD.
TODOS LOS QUE CALLAN
SON CULPA- BLES DE
CONDONAR LA VIOLEN-
CIA Y EL OUDIO. DEBE- MOS REBE- LARNOS.
LOS ANARQUIS- TASLU- CHAMOS
PORQUE LA SANGRE D E - RRAMADA
EN LAS FÁBRICAS CLAMA JUSTICIA Y LA ESCLA-
VITUD DE UN PUEBLO EXIGE UNA RE- BELIÓN. ESPERAMOS
DIGNIDAD E IGUALDAD PARA TODOS LOS TRABAJA-
DORES. LA FE Y EL AMOR NOS SOSTIENEN
Y LA PASIÓN VENCE AL DOLOR. UN CORAZÓN
DESPOJADO DE TODO DESEO EGOÍSTA RE- SISTIRÁ.
LOS ACTOS DE VALOR PERDURAN
DESPUÉS DE LA MUERTE DE LOS
MÁRTIRES, Y LA LUZ DE NUES- TRA REVOLUCIÓN
PUEDE TITILAR O ATENUAR- SE, PERO JAMÁS SE
APAGARÁ MIENTRAS QUE- DE AIRE EN NUES-
TROS PULMONES. NUES- TRO GRITO DE GUE-
RRA ES LA LIBERTAD, INCLUSO DESDE NUES-
TRAS CELDAS. NUNCA NOS
DOBLEGAREMOS, AUNQUE NUESTROS
CUERPOS SE ROMPAN. SACRIFI-
CAMOS NUESTRAS VIDAS EN EL
ALTAR DE LA ESPERANZA.

CAPÍTULO 1

KATYA

Si la plaza Roja era el corazón de Moscú, la plaza de Lubyanka era la arteria carótida, el mejor lugar para tomarle el pulso a la ciudad. Quizá por eso Vladimir Lenin la eligió como cuartel general de la Cheka, su policía secreta. El nuevo Gobierno comunista había requisado el edificio de Seguros Rossiya, una elegante estructura neobarroca construida con ladrillos de un vivo tono amarillo.

De día, proyectaba su cara alegre sobre la bulliciosa población de Moscú.

Por la noche, sus puertas se abrían como fauces que devoraban a los condenados acusados de contrarrevolucionarios.

En sus profundidades, un tal doctor Aleksandr Vasilevich Barchenko realizaba experimentos paranormales en las oficinas ultrasecretas de la Comisión Extraordinaria. Era septiembre de 1923 y Yekaterina Efremova llevaba despierta setenta y seis horas seguidas, un nuevo récord.

Katya, acurrucada en un rincón de una diminuta celda de hormigón, escuchaba las inquietantes notas de un violín en la lejanía. Puede que la falta de sueño le hiciera imaginar cosas, pero en la música creyó percibir el peso de los fantasmas que rondaban aquellos pasillos; voces silenciadas, latidos apagados, miles y miles de vidas truncadas por el pelotón de fusilamiento del sótano. O por algo peor.

Aquellas setenta y seis horas eran lo máximo que había conseguido aguantar hasta la fecha, más de tres días sin dormir y sin comer, tan solo con agua suficiente para mantenerse con vida. El cansancio había convertido su sangre en una especie de jarabe que, de forma lenta y pesada, intentaba fluir por sus extremidades. Le costaba pensar con claridad y el hambre había transformado su estómago en algo duro y nudoso, parecido a un tubérculo seco.

Cuando Katya oyó pasos fuera, ya sabía que les daría lo que querían. Volvería a vender su alma por una pastilla para dormir y una ración de comida que encontraría a la mañana siguiente cuando se despertara.

La cerradura cedió con un tintineo siniestro y las bisagras de la puerta de hierro chirriaron como *banshees* mientras la luz de la lámpara inundaba la diminuta celda de hormigón. La corpulenta figura de Petrova ocupaba todo el umbral, con su encrespado pelo gris asomando por los bordes de un gorro blanco de enfermera.

—En pie —le ordenó.

Así era como empezaba el ritual de cada hora. Petrova le ponía un collar de hierro en el cuello para impedir que lanzara un hechizo. Sus captores lo habían aprendido por las malas, después de que casi matara a una enfermera y a dos guardias en su primer intento de fuga.

Cuando Petrova levantó los brazos para asegurar la argolla, Katya no pudo evitar estremecerse; el olor corporal de aquella mujer era capaz de marchitar a la más fresca de las rosas.

—¿Has considerado la posibilidad de usar jabón perfumado? —le preguntó a Petrova—. ¿O puede que algo de perfume?

—Camina —le dijo la enfermera, empujándola por la espalda.

Pudo sentir el profundo odio de Petrova concentrado en ese punto de su anatomía, mientras levantaba la barbilla y salía por la puerta de hierro de su celda.

Caminaron juntas por el familiar laberinto de pasillos. Dos guardias que vigilaban la puerta del laboratorio no dudaron en

posar los dedos en los gatillos de sus rifles en cuanto Katya pasó a su lado. Decidió entrar pavoneándose en el laboratorio, consciente de que eso irritaría al doctor Barchenko.

Allí estaba él, de espaldas, inclinado sobre la mesa de química examinando un frasco, con la papada colgando.

—¿Dispuesta a cooperar? —preguntó el doctor sin tan siquiera molestarse en levantar la cabeza.

Katya estaba preparada, pero no por ello le indignó menos su indiferencia. Todo aquello había generado en ella un enorme sentimiento de culpa, así que Barchenko debería estar muriéndose de remordimientos. Debería tener ampollas de arrepentimiento y forúnculos de autorreproche. Pero, por supuesto, no era así. A los peores siempre les daba igual.

Cuando por fin la miró, tuvo el absoluto descaro de parecer aburrido. ¿Acaso destruir vidas se había vuelto algo mundano? ¿O tan solo estaba cansado? Cada vez que arrastraban a Katya a aquel laboratorio también suponía una hora más de insomnio para él.

—¿Qué pasa? ¿Nada de amenazas? —Katya chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Si el problema es que tienes un repertorio limitado de ultimátums, quizá deberías espaciarlos más, como las pastillas. ¿O acaso no te enseñaron eso en la facultad de medicina?

Barchenko se tensó en cuanto oyó hablar de la facultad. Ella solía nombrarla en sus enfrentamientos, aunque no tenía muy claro por qué le molestaba tanto.

—Coopera y te daremos de comer —dijo el doctor sin la menor expresividad—. Tu cabezonería solo te hace daño a ti.

Con tan solo oír hablar de comida, le rugió el estómago, pero Barchenko se equivocaba al decir que aquella resistencia solo le hacía daño a ella. Para financiar aquel laboratorio, aquel hombre debía de haberle prometido a Lenin los secretos de lo oculto servidos en bandeja de plata. Por desgracia para él, su principal sujeto de pruebas era una anarquista insolente que siempre se le había resistido.

—Te diré una cosa —dijo Katya, como si estuviera en condiciones de regatear—. Consigue que la enfermera Petrova se bañe antes de venir a trabajar y que no vuelva a comer queso apesados, y entonces podremos negociar lo de mi cooperación.

La enfermera le clavó las uñas en el brazo, pero el dolor valió la pena. Los labios de Barchenko se contrajeron como ciruelas pasas; era evidente que había dejado de serle indiferente.

—Llévala de vuelta a la celda —le ordenó a Petrova.

—Eso no será necesario —reaccionó Katya con voz suave—. Ambos estamos cansados. Y si hay alguien en este mundo que necesita un buen sueño reparador, sin duda eres tú. Será mejor que acabemos con esto de una vez por todas.

Barchenko apretó la mandíbula. Tras un largo silencio, ordenó a la enfermera que preparara el experimento.

Katya forcejeó sin demasiado entusiasmo mientras Petrova la arrastraba hacia la cortina que dividía el laboratorio en dos. Al otro lado, un escritorio de madera formaba una barrera entre dos sillas reclinables. Fonógrafos, cámaras fotográficas y otros equipos varios abarrotaban el espacio.

La enfermera la empujó hacia una de las sillas del laboratorio y comenzó a atarla con tanta fuerza que su ya demacrada piel se inflamó alrededor de las correas de cuero que la apresaban por las muñecas y los tobillos. A pesar del dolor que ascendía por sus extremidades, esbozó una enorme sonrisa porque sabía que no había nada que molestara más a aquella mujer.

Petrova se fue a buscar a su próxima víctima y Katya cerró los ojos para no marearse. Todavía no había empezado a alucinar, pero no tardaría mucho. Parpadeó varias veces, intentando recuperar la consciencia. Debía de haberse desmayado porque, cuando al fin recuperó la visión, pudo ver al nuevo sujeto de prueba atado a la otra silla.

No quería mirarlo. Debería haber apartado la vista, consciente de lo difícil que sería todo si se permitía el lujo de ver a los demás sujetos como personas. Pero algo en él le llamó la atención.

No era solo que fuera joven, pues debía de estar al final de la adolescencia, como ella, o quizá principios de la veintena, sino también que su rostro era pura alma, más vivo que el de los demás. Habría esperado ver un rostro así en un museo, o tal vez pintado en una escena de jardín en la que un apuesto caballero seducía a una tierna damisela. Pero no allí. No encajaba en aquel laboratorio, con su cabello castaño despeinado arremolinándose como pinceladas y sus frondosas cejas suavizando las cinceladas líneas de sus mejillas y su mandíbula. Sus intensos ojos marrones irradiaban calidez y buen humor.

Si lo hubiera visto en otro lugar, en cualquier otro sitio, Katyá estaría sacando su diario de poesía para intentar plasmar algo de su esencia en sus páginas.

¡Qué pena que hubiera acabado allí!

La última vez fue un viejo chamán siberiano, el Número Veintinueve. Para cuando terminó de lanzar el último intento de conjuro del doctor Barchenko, el pobre chamán ya estaba desplomado en la silla. Venas rojas cruzaban la superficie de sus ojos, que ya no veían, y su boca se había congelado en una mueca de dolor, como en un retrato renacentista italiano de un condenado.

El rostro de aquel hombre y su espíritu bien podrían haber sido gemelos.

En los diez meses que llevaba allí, había tenido que ver veintitrés cadáveres atados a la silla del otro lado de la sala de espiritismo.

La hechicería era un tipo de magia complicada. Se necesitaban años de estudio para dominar las artes de un charovnik e, incluso entonces, un conjuro podía comportarse de forma caprichosa. Al fin y al cabo, las palabras son símbolos. Significan algo diferente para cada persona en función de sus percepciones y experiencias individuales.

Por mucho que discutiera con Barchenko y le insistiera en los muchos años de estudio tutelado que la mayoría de charovniki necesitaban incluso antes de tan siquiera intentar usar sus propios hechizos, algo que ella misma aún no dominaba, el doctor no se daba por vencido.

Tras enviar a Petrova fuera de la habitación, Barchenko se sentó en el taburete de madera junto a su escritorio, bostezó y se frotó la frente, cansado, mientras repasaba sus notas. Entonces encendió el fonógrafo.

—Dieciocho de septiembre de 1923. Sujetos de prueba Dos y Treinta, experimento uno. —Se giró hacia el joven de pelo oscuro—. Relájate y sigue mis instrucciones. El primer ejercicio es totalmente inofensivo.

—¿Inofensivo? Seguro que me habéis arrastrado por un laberinto de pasillos y múltiples puertas cerradas por el bien de mi salud. —Número Treintaladeó la cabeza y ofreció al doctor Barchenko una sonrisa con aire de invitación. «Cuéntame todos tus secretos —parecía decir—. Sabes que quieres hacerlo»—. ¿Para qué me has traído aquí en realidad?

—Coopera y podrás comer y dormir en una habitación cómoda. Pero si no cooperas... —Barchenko se giró hacia Katya—. Acabarás como ella.

Cuando Número Treinta la miró, sus labios se entreabrieron en un pequeño grito ahogado. ¿Acaso la conocía de algo? Era poco probable, pero sus ojos recorrieron las líneas de su rostro con vivo interés, lo que provocó en ella cierto rubor. Tenía ojeras y no recordaba la última vez que se había bañado. Katya se retorció en sus ataduras, esperando que en cualquier momento su expresión se tornara en repugnancia. Sin embargo, las gruesas cejas del sujeto se fruncieron en señal de preocupación y se quedó mirando sus dedos temblorosos.

—Cooperaré. —El chico levantó la cabeza para buscar su mirada y la compasión que irradiaban sus ojos hizo que Katya sintiera el impulso de llorar. En ese momento, no solo se sintió observada, sino también vista. La calidez de su expresión se endureció en cuanto se giró hacia Barchenko—. Siempre y cuando le des a ella lo que me has prometido a mí: comida, sueño y una habitación cómoda. ¿Acaso no ves que está muerta de hambre?

El doctor hizo un gesto de desdén ante las preocupaciones del joven.

—Ambos recibiréis comida después del experimento, os lo aseguro.

Número Treinta pesó la afirmación del médico con las cejas fruncidas hasta formar una arruga sobre su nariz.

—Es cierto —dijo Katya mientras apartaba la mirada, con la culpa como un trozo de hierro candente en las entrañas, abrasándola por dentro.

La habían llevado a aquel laboratorio por un único motivo: el gobierno de Lenin quería rediseñar el alma humana, eliminar la codicia, la rebeldía y la duda. La utopía futura que imaginaban estaba poblada por seguidores entumecidos y descerebrados, hombres y mujeres que trabajaban sin descanso y sin hacer preguntas.

Aquellos experimentos pretendían controlar las mentes, pero hasta ahora Barchenko solo había conseguido romperlas. Lo único que había logrado con sus veintitrés experimentos había sido veintitrés cadáveres sentados frente a ella en la sala de espiritismo.

Al lanzar los hechizos de Barchenko, Katya se había convertido en «algo peor» que el pelotón de fusilamiento del sótano. Debería morir en lugar de cooperar, pero eso significaría fallar a su madre, hacer que el trabajo de sus vidas no sirviera para nada.

Katya no podía soportar la idea de envolver el legado de su madre en un sudario funerario, así que sobrevivió, traicionando todos los ideales que antes tanto apreciaba.

Al negarse a convertirse en mártir, se había convertido en un monstruo.

Sí, después del experimento, a ella le darían comida y la dejarían descansar, pero, a pesar de las garantías de Barchenko, Número Treinta no sobreviviría. Su sentimiento de culpa se materializó en forma de intenso dolor. Durante meses, nadie la había mirado como a un ser humano y, desde luego, nadie se había manifestado en contra del modo en que la habían tratado. ¿Cómo podría vivir consigo misma si seguía adelante con el experimento, sabiendo que él moriría? Era demasiado joven y estaba demasiado vivo como para acabar igual que los demás, utilizado y luego desechado como un muñeco roto.

Puede que no tuviera demasiado poder en aquel lugar, pero quizá podría obligar a Barchenko a escoger un sujeto de prueba diferente.

Intentó animarse para una lucha más, para otra hora de resistencia. Ya había conseguido aguantar setenta y seis horas, ¿por qué no setenta y siete?

El doctor Barchenko comenzó como siempre, hipnotizando al sujeto de prueba porque así evitaba que se resistiera mientras ella lanzaba el hechizo. Empezó la cuenta atrás desde cien.

Ella se desmayó en torno al ochenta y luego otra vez en el sesenta y tres; su cuerpo no iba a aguantar ni una hora más. Se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta que el dolor la recorrió como una descarga.

«Eres Yekaterina Efremova —se recordó—. Eres hija de revolucionarios y no vas a dormirte».

Cuando la voz del doctor se apagó, supuso que se había vuelto a desmayar. El cansancio la cubría como una manta empapada de lluvia. Cuando, levantando sus pesados párpados, abrió los ojos, Barchenko yacía desplomado sobre el escritorio, con el fonógrafo todavía en marcha. Tenía que ser una alucinación. Katya agitó la cabeza y parpadeó varias veces, pero nada cambiaba.

Era verdad: el doctor Barchenko se había quedado dormido.

Katya tenía la boca seca. Tragó saliva, pero el nudo que tenía en la garganta no se movía. Número Treinta miraba al techo, paralizado.

Intentó deshacerse de sus ataduras a costa de un intenso dolor en las muñecas por el roce de las correas en la piel. No podía escapar, pero sí que podía asegurarse de que Barchenko no volviera a hacerle daño a nadie.

Pero primero tenía que quitarse el collar del cuello. No debería costarle demasiado, ya que se lo pusieron cuando llegó al laboratorio y llevaban diez meses matándola de hambre. Inclino la barbilla hacia el aro, y tanteó el cierre con los labios y la lengua hasta abrirlo. Una oleada de alivio la invadió cuando el hierro cayó sobre su regazo y rodó por el suelo con un ruido metálico.

Barchenko se movió al oírlo.

Katya se quedó completamente inmóvil, con los músculos tensos en previsión del castigo. Dejó escapar un largo suspiro cuando la respiración del doctor volvió a estabilizarse. Se centró de nuevo en la tarea que tenía entre manos.

Su madre le había enseñado que el ser humano se compone de tres partes: cuerpo, alma y espíritu. El cuerpo existía en el reino físico, limitado en sus percepciones por lo que podía ver, oír, saborear, oler y tocar. El sexto sentido daba una vaga conciencia del espíritu, nuestro yo eterno y divino, que habitaba en el Otro Mundo, el reino invisible de donde procedía la magia. El alma humana era la puerta que los separaba.

Su magia se materializó cuando abrió su alma al Otro Mundo. Cuando su espíritu atravesó ese portal, el poder divino inundó su cuerpo, trayendo consigo el potencial para alterar el mundo natural. Como buena charovnika, canalizaba ese poder a través de las palabras.

La mayoría de los hechizos que había utilizado en el pasado procedían del extenso grimorio de su madre. Dado que crear hechizos originales era un arte muy complicado, la mayoría de los charovniki recurrían a conjuros ancestrales escritos en eslavo antiguo o griego bizantino. Ella había memorizado una docena de ellos, meditando sobre el significado de cada palabra hasta que los hechizos grabaron imágenes en su mente a las que podía dar vida con sus palabras.

Uno de esos hechizos era un encantamiento griego arcaico que alteraba el flujo de sangre en el cuerpo de una persona. Aunque estaba destinado a curar trastornos circulatorios, su madre lo había modificado para poder utilizarlo en asesinatos políticos. Forzar un flujo rápido de sangre a la cabeza de alguien podía provocar un ictus hemorrágico, una muerte que parecía natural.

Para lanzar el hechizo, necesitaría más fuerza de la que tenía en aquel estado de agotamiento y hambre.

Se giró hacia Número Treinta.

Todos los sujetos de prueba eran volshebnyiki, seres mágicos. Si aquel joven fuera un hechicero charovnik, como ella, no lo habrían considerado prescindible. Podría ser un brujo vedun o quizás un sanador koldun. Fuera cual fuera la habilidad mágica que tuviera Número Treinta, ella tendría que usarla, y rápido.

Cerró los ojos y recitó un zagovor, un antiguo conjuro ruso que le había enseñado su madre. Siempre recitaba aquellas líneas antes de intentar lanzar un hechizo para hacer que su mente entrara en una especie de trance en el que el mundo que la rodeaba desaparecía y su alma se convertía en una puerta que se abría. Aquellas palabras eran como su llave personal, su forma de acceder al Otro Mundo para que su voz pudiera extraer el poder de su espíritu.

*Alma mía, como las ramas del Árbol del Mundo,
Entreteje en un todo lo visible y lo invisible.
Sé para mí un portal al Otro Mundo
y permíteme usar los poderes de la creación.*

Tras recitar el hechizo unas cuantas veces, pudo sentir cómo todo se difuminaba a su alrededor y se agudizaba su espíritu. Cuando volvió a ver la habitación con nitidez, una luz etérea brillaba en los bordes de su campo de visión y un cálido hormigueo recorría sus venas.

—Relájate —le ordenó a Número Treinta, que se dejó caer en la silla—. Y abre tu alma al Otro Mundo.

El aire de la sala se cargó y un leve zumbido inundó sus oídos. Se abrió para absorber el poder de aquel joven, pero este rompió contra ella como una ola, dejándola sin aliento. Llegó como un torbellino, como llega una canción de *jazz*, con todo su caos, y Katya supo que había tomado la decisión correcta al intentar salvarlo. Nunca antes se había encontrado con un alma tan inmensa. Fue como si se hubiera roto un dique y, a través de aquel joven, la magia inundara la sala. Katya luchó por no perder la concentración, canalizando aquel poder en las palabras de su hechizo.

—*Lalo pros ten kardian sou* —empezó. Repitió las palabras iniciales varias veces hasta que sintió un cosquilleo en la lengua y la magia se acumuló en su diafragma. Una vez que estuvo segura de la potencia del hechizo, continuó—: *Hoi epesin outoi, bos litho trokhoidei, to rheuma tou haimatos tes zoes sou hodegeitosan...*

Cuando el doctor se movió, se quedó paralizada. Cuando Barchenko abrió los ojos, estos se magnificaron tras los cristales de sus gafas. Se frotó la nuca y se detuvo al ver el collar de hierro en el suelo.

—*Ty suchka* —gruñó. «Zorra».

Barchenko se puso en pie, apoyando las manos en el escritorio.

—Espera —dijo Katya con voz pequeña, como la de un niño, ahogada por el rugido de un trueno.

Barchenko era la tormenta que se desataba tras diez meses de odio contenido que ahora salían a la superficie mientras cruzaba la habitación en dos violentos pasos.

Katya jadeó cuando el doctor le agarró la garganta. Con la ira retorciendo su rostro en un gruñido, Barchenko se apoyó en su pecho para intentar ahogarla. La presión empezó a taponar los oídos de la anarquista. Con los ojos desencajados, luchaba por liberarse. Las correas de cuero le cortaban muñecas y tobillos.

Había dejado de canalizar la magia del Número Treinta, pero seguía conectada al Otro Mundo. La energía empezó a acumularse hasta que el aire comenzó a brillar. El zumbido estático se convirtió en un timbre agudo.

Barchenko apretó con más fuerza y empezaron a formarse gotas de sudor en su labio superior. Katya sintió su abrasador aliento mentolado contra la mejilla. «Esto es el fin». Lo había presionado demasiado y había estallado.

La oscuridad empezó a empequeñecer su campo de visión. Y entonces, las sombras cambiaron. La mordaza que le rodeaba el cuello se soltó. La respiración volvió entre jadeos, quemándole la garganta y los pulmones. Las lágrimas empañaron sus ojos.

—Lyudmila —dijo Barchenko, volviéndose hacia algo que tenía detrás—. ¡Los tranquilizantes!

Cuando Katya levantó la cabeza, le dolía todo. Una correa de cuero rota salió disparada al suelo, aterrizando cerca del collar de hierro. Levantó la mirada y se quedó sin aliento.

Número Treinta no era ni un charovnik, ni un vedun, ni un koldun, sino una especie de mago cambiaformas. La magia había transformado al paliducho chico moreno en un oso pardo adolescente. Había reventado las correas de cuero y ahora se erguía sobre las patas traseras, gruñendo, enfadado, al doctor.

—¡Lyudmila! —grito Barchenko.

Los gruñidos del oso se convirtieron en gemidos de angustia. Barchenko levantó las manos a la defensiva. Gritó cuando el oso le asestó un fuerte zarpazo, que lo arrojó al otro lado de la habitación. Aterrizó boca abajo, inmóvil, mientras la sangre se acumulaba a su alrededor en el suelo de baldosas blancas.

El animal volvió a apoyarse en sus cuatro patas mientras sus ojos, uno azul y otro marrón, se clavaban en Katya.

Ella sabía que la magia, con ayuda de algunas palabras amables, podrían calmar al oso, así que intentó hablar, pero todavía tenía la garganta cerrada por el ataque de Barchenko. Era incapaz de recuperar su voz. El animal levantó la cabeza y su negra nariz olfateó en su dirección. Katya, atrapada por las ataduras, se quedó inmóvil mientras la criatura avanzaba a grandes zancadas.

La enfermera abrió la cortina de golpe, con una pistola tranquilizante en la mano. Disparó un dardo al costado del oso. Con un bramido, la criatura se abalanzó sobre la enfermera y se tambaleó unos pasos antes de caer al suelo.

Petrova miró al oso inconsciente, a la figura inmóvil del doctor Barchenko y al collar de hierro que yacía en el suelo.

Entonces, se giró hacia Katya.